

Imanol Arias Actor

El intérprete vasco, que regresa al cine tras dos años de alejamiento voluntario, asegura que la lectura en Madrid del manifiesto contra la violencia fue «uno de los momentos más importantes de mi vida»

«No entiendo a los que se hacen el mártir cuando los que mueren son los otros»

Por O. L. Belategui Foto: César Alonso

En breve, Imanol Arias sustituirá el verdor de los bosques del País Vasco por los páramos y estepas de la cordillera andina. El actor, que rueda estos días en Otxandio *La voz de su amo*, a las órdenes de Emilio Martínez-Lázaro, encarnará a un campesino viudo y solitario en *Una casa con vistas al mar*, filme que dirigirá el venezolano Alberto Arvelo.

Ausente del cine español durante dos años, Arias abandonó la televisión en pleno éxito y se regaló una temporada sabática para redescubrirse. A sus 44 años, confiesa estar disfrutando del momento más dulce de su carrera. Aquel galán tenso que reinó en solitario durante los años ochenta en la filmografía nacional ha dado paso a un actor gentil y relajado.

Únicamente, un tema parece devolverle a la gravedad de antaño. Mientras consiente hablar —por primera vez en una entrevista— de los motivos que le impulsaron a gritar en la Puerta del Sol «basta ya» a la violencia, Imanol Arias interrumpe las bromas y se pone trascendente: «Miro hacia atrás y lo más terrible de todo fue tener que hacerlo».

—En *La voz de su amo* da vida a un policía franquista, chulesco y corrupto.

—Un comisario corrupto por el sistema. ¿Sabes?, cuando sucedía esta historia, en los años ochenta, yo tenía diecisiete o dieciocho años. Conozco el contexto, cómo actuaba la Policía en aquel tiempo: los proxenetas, los camellos, los empresarios que reventaban huelgas de obreros... todos eran patriotas, porque no se metían en política. Tuvo que pasar mucho tiempo tras la muerte de Franco para que el Cuerpo se depurase.

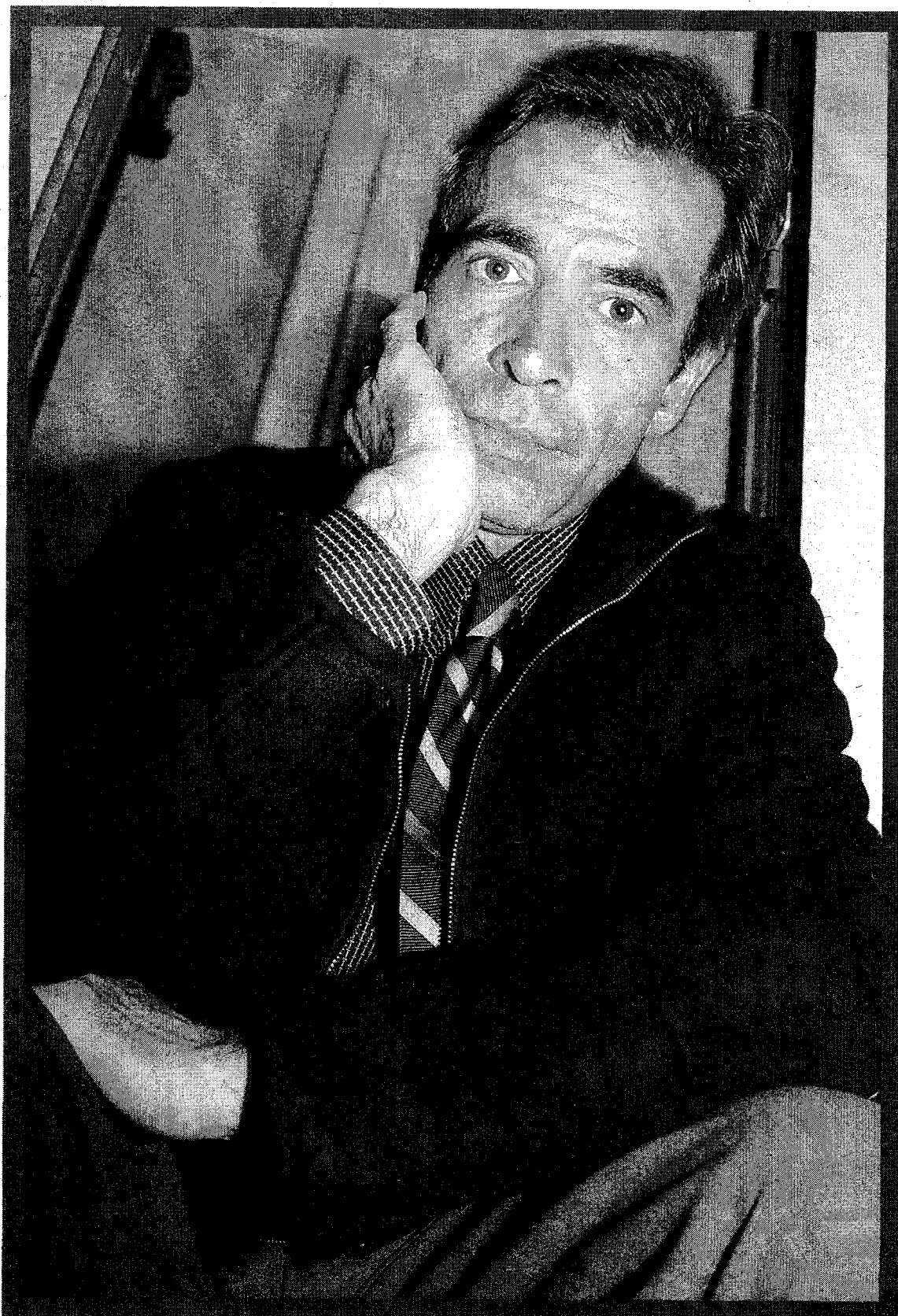
«De cabrón simpático»

—¿Le ha llegado la hora de hacer papeles de villano?

—Sí. Con mi edad, empiezo a poder encarnar personajes con mucha historia detrás. Ayer rodé una de esas escenas que sólo se hacen si no eres el galán de la película. Cuando mueres en cine, el chico bueno se aleja en un coche y el fiambre se queda tumbado en un charco. Pues ése era yo.

—Hombre, todavía le tienen que pintar las canas.

—Ya. Pero, con 19 años, buscas al personaje desde la inmediatez. Con 44, ya tengo muchos antecedentes y puedo hacer de cabrón



simpático. Y disfrutar con ello.

—Hacía muchos años que no rodaba en el País Vasco...

—Sí. Me he reencontrado con técnicos que empezaron conmigo en 'La muerte de Mikel'. Aquí, todas las historias tienen algo añadido que no lo tienen las que suceden

en otro sitio. Un actor interpreta sus papeles haciendo una mimesis. Y yo tengo muchos recuerdos, imágenes, sensaciones de mimesis en esta tierra.

—¿Cómo ha vivido su año sabático?

—Fue un año que se convirtió en

dos. Porque esto del cine no es como la televisión, un negocio masivo, sino que aquí hay un compromiso. Las cosas se han ido retrasando e, incluso, hubo un momento en que me preocupé, pero ahora estoy muy contento.

—Oiga, ¿se ha vuelto usted más

cínico con el tiempo?

—Te vuelves cínico cuando no tienes ganas de contar lo que te pasa. Un actor sólo debería dar las explicaciones necesarias. Por ejemplo, en estos dos años, han ocurrido cosas interesantes en el cine español y yo no he estado allí. Pero no he tenido la sensación de que se me usurpaba algo ni me he convertido en un cínico.

—¿En qué ha cambiado?

—En que, a los veinte años, me gustaba vivir y no actuar. No dormía, no comía... Vivía para el cine. Después, descubrí que me gustaba interpretar y no dejar que el personaje invadiera mi vida. Ahora ruedo más relajado y no existe tensión a mi alrededor.

—Vamos, que antes no había quién le aguantase.

—No era mala hostia, sino algo mucho más complejo. Era la tensión de ir a por todas. Ahora, me siento como ese torero que lleva planchada la muleta pero ésta le permite dar la curva al embestir el toro. Doy pases con 'muuucha' tranquilidad. Hasta me ha cambiado la voz.

Vivir con relajo

—Hace algunos años, decía que no tenía ningún amigo actor.

—Ahora tengo alguno. En los ochenta era Antonio (Banderas), y ahora, Echanove. Como Juan es un cocinero del copón, nos dedicamos, principalmente, a comer y, a veces, hasta hablamos de cine.

—¿De qué temas charlan entonces?

—Pasamos de esos rollos típicos entre actores de comentar el papel que haces, de esa dinámica suicida de matarte a copas y sentirte que estás fuera del mundo durante un rodaje. Juan es un tío muy culto, un discutiador nato. Te invita a su casa, te hace la cena... Imagínate.

—A algunos sorprendió su lectura de un manifiesto en la concentración en Madrid tras el asesinato de Fernando Buesa y el ertzaina que le escoltaba. ¿Le costó mucho dar la cara?

—Sí. Aparecer en público en una situación así tiene mucho de pérdida. Uno se apoya en lo que cree que tiene que hacer. Y reacciona a estímulos concretos, no en general. Creo que tenía altura moral para hacerlo porque, renunciando a la pena de muerte, tan sólo pedía la unidad de los partidos. Previendo lo que iba a pasar, claro.